

Encuentro desamoroso

Periódico EL Sol de México No. 84. México, D.F. 27 de mayo de 1990.

Por Lucía Aranda Kilian
luciaranda@hotmail.com

Habían dado tres vueltas alrededor del zocalito, cuando pensaron que ya era el momento de hacer lo que tenían que hacer.

Iban tomados de las manos. Sus manos estaban sudorosas. Se les sentía excitados. Estaban nerviosos, tensos. Primero habían ido al convento, ese convento agustino del siglo XVI; después pasaron a la iglesia a ver los retablos. Desde antes de cruzar el umbral, escucharon una hermosa música que provenía del coro. Ella empezó a sentir un misticismo, un recogimiento; y se sintió mal porque le vino a la mente la imagen de su compañero, su amigo. Bajó los ojos con gran pena, pero era más lo que ella deseaba a este hombre que sus sentimientos religiosos, que ya se habían ido marchitando con el paso del tiempo. Cómo recordaba ella ahora la vieja época del colegio de monjas en que se tenían que aprender de memoria todos los mandamientos. Le venía a la mente el sexto mandamiento: no fornicarás. Tal pareciera que se oía un murmullo; una voz que musitaba: recuerda el sexto mandamiento. Salieron a la placita y de ahí se encaminaron a conseguir lo que necesitaban.

Entraron no muy decididos: lo pensaron mucho antes de hacerlo. Por suerte los dependientes eran un hombre y una mujer; sin embargo, a la hora de hacer la pregunta, su compañero volteó un poco sonrojado y le dijo al dependiente: -Perdone, ¿me podría dar unos preservativos? El dependiente se le quedó viendo con asombro; ¿Qué me dijo? Turbadas, las miradas del hombre y de la mujer se cruzaron. Ella le quiso decir con los ojos que insistiera, entonces él, utilizando otro término le dijo: -¿No tiene usted condones? -No señor, de ningún tipo.

Viendo la desesperación de su compañero, la mujer, no sin cierta dificultad, pero decidida, se le acercó a la dependiente y con voz discreta le dijo:

-¿Señorita, me podría vender unos óvulos? -¿Unos qué? preguntó la dependienta. -Unos óvulos anticonceptivos. -Disculpe, no tenemos, de ninguna clase.

La desesperación de ambos no tenía límite. ¿Cómo era posible que en un pueblo, en una pequeña ciudad no tuvieran estos artículos? Se sintieron intimidados. En ese instante, las campanas de la iglesia empezaron a repicar. No pudieron evitar un pensamiento culpígeno, ya se dieron cuenta que no somos esposos, por eso no nos pueden vender el producto.

En un principio la mujer pensó "con razón hay niños por todos lados, no permiten que haya anticoncepción". En eso estaba, cuando reparó en una gran lámina de una vaca. ¿Una vaca? Sí, hermosa, como una vaca lechera. ¿Cómo era posible? ¿Una vaca en una farmacia? También su compañero encontró algo extraño: al voltear hacia la izquierda vio un anuncio que decía: "Este producto resulta excelente para su semental". ¿Semental? ¡Qué falta de respeto! No les quedó otra alternativa que salir presurosos de ese extraño lugar. Afuera, el letrero luminoso decía: "Farmacia veterinaria".